



JUANJO DÍAZ TUBERT

EL TALISMÁN DE LOS ESPEJOS

IMPROVISÉ UNA ODISEA POR LOS ESPEJOS DEL TIEMPO
Y EN SUS REFLEJOS INTUÍ PRESAGIOS...

El talismán de los espejos

Juanjo Díaz Tubert

«El talismán de los espejos»
1ª edición: Abril 2014
© 2014 Juanjo Díaz Tubert
Código: 1309225802772
Fecha 22-sep-2013 22:07 UTC
Licencia: Todos los derechos reservados

juanjodiaz@gmail.com

Portada:

Diseño: Belén Navarro Álvarez

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

ISBN-13: 978-1497376106
ISBN-10: 1497376106

Mi más sincera gratitud a Jorge Vernieri, José Cortés, Belén Navarro y Lucy Sánchez.

A mi padre, con admiración y cariño

La Tuerta

Oí la discusión de dos técnicos de la compañía hablar de un convoy al que llamaban *La Tuerta*. Fue en aquella parada interminable en que estuvimos una eternidad sin aire acondicionado...

Al parecer, en el depósito donde duermen los trenes de alta velocidad se colaron unos delincuentes juveniles que, durante un rato, hicieron de las suyas. Se metieron en un vagón y jugaron a un juego vandálico muy destructivo. Para más inri, al salir del hangar, uno de ellos vio un desvío solitario bloqueado tan solo por un triste candado en estado lamentable: una auténtica provocación, pues intuyeron fiesta y de la gorda. Entre todo el grupito, se organizaron para buscar una palanca y arreglárselas para destrozarlo. ¿Y qué hicieron luego? Muy fácil: cambiaron las agujas y, envueltos en una euforia desmedida, huyeron.

Al día siguiente, cuando el convoy asignado para ejercer la ruta Barcelona Sevilla (y que debía llevarme) comenzó la maniobra en dirección a la estación, tropezó con las fatídicas agujas invertidas y se deslizó por una vía cortísima que moría en un descampado. Parece que el maquinista y el ayudante no se enteraron y, cuando trataron de detenerlo, la mitad de los vagones estaban al servicio del caos. Por suerte, descarriló con suavidad. Rápidamente, el jefe de zona y los encargados de circulación improvisaron una reunión. Conforme oí, no disponían de ningún modelo alternativo: así eran las cosas. Solo quedaba una unidad superviviente de la primera línea de alta velocidad, apodada *La Tuerta*. Según la conversación de los técnicos, la tecnología del convoy era parcialmente incompatible con la actual y por eso estábamos parados. Me parece importante destacar este pequeño cuento porque la gamberrada de aquella banda juvenil, en cierta forma, marcó accidentalmente lo que ocurrió después. Ahí empezó todo, creo.

La reliquia diminuta

La importante efeméride que debía conmemorar el XXV aniversario de la primera línea de alta velocidad se acercaba; sin duda alguna, una fecha importante para la historia del ferrocarril ibérico. En Madrid y Sevilla iba a celebrarse toda una serie de actos, no diría que fastuosos, aunque sí con una cierta gracia. Uno de ellos fue muy interesante: en un hotel de lujo situado cerca del barrio de Triana, en Sevilla, organizaron la subasta de veinticinco locomotoras de alto modelismo a escala uno veinte. Todas ellas tenían un valor incalculable por su precisión y artesanía. Rápidamente, en los corredos de los amantes del tren y, sobre todo, en los ambientes de coleccionistas, corrió la voz.

Mi relación de amor con los trenes venía de la infancia, concretamente de ver a mi difunto padre trabajar durante tiempo en la construcción de una máquina con su furgón, llamada *La Bonita*. Pasaba horas viéndole con sus pinzas de relojero y su lupa. Recuerdo con una emotividad profunda cómo construía esas piezas imposibles, con su paciencia de santo, y cómo las ubicaba luego con precisión, casi sin respirar... Había momentos en que lograba detener el tiempo.

Persiste en mi memoria el día en que empecé a hacerle preguntas, él estaba montando una ruedecita insignificante en su taller de troles y vías diminutas alborotadas.

—Papá.

—Dime, hijo.

—¿Por qué dejaste la aviación?

Sencillamente, no me contestó.

Otro día, en el que estaba entre pequeñas chimeneas y humos de microvapor, le insistí:

—¿Por qué no has vuelto?

Con paciencia, se sacó el antejo de relojero y, mirándome con algo de enfado, me dijo:

—Vete a jugar, anda.

Cuando murió papá, la joya con ruedas desapareció y se borró de mi memoria. Y un día, por esas causas misteriosas del tiempo y el espacio, la encontré por casualidad en una publicación de alto modelismo. Ahí estaba otra vez ante mí. Cautivado por su aparición, decidí organizar ese viaje pendiente a su idealizado país, lo hice como homenaje a su memoria.

Mi padre luchó en la Guerra Civil como aviador republicano. En la retirada inevitable, y tras lograr cruzar los Pirineos, le recluyeron en un campo de concentración francés. Allí, según parece, lloró abatido y se olvidó de todo, y, según mi tía Manuela, juró no volver jamás. La desgracia juntó a mis padres en un barco lúgubre que puso rumbo a México y, con mucho tiempo por delante, se enamoraron en alta mar. Cuando vi esa máquina construida por papá, me dije:

—Adelante, tienes que ir, Julián, debes volver con ella.

El fin de los tiempos

Crucé el charco, dormido, soñando con la refracción de una mujer misteriosa. Y cuando el maldito sol entró por la ventanilla, dejándome en el limbo, recordé la despedida escueta a Claudia, mi pobre mujer («Me voy, ya te llamaré»), le dije. Viajé en soledad, en el fondo, para tomar una decisión sobre nosotros. Esa era la otra causa. Y aproveché, también, para darle una sorpresa a mi hijo, que estudiaba Filología románica en Barcelona.

Me habían ubicado en un hotel cercano a un parque de atracciones y a una iglesia neogótica con un Cristo que protege a la ciudad. El lugar tiene por nombre Tibidabo y está en la cima de la montaña más alta. La vista de la ciudad me cautivó. Esa noche dormí presa del *jet lag* y me desperté a una hora rara. Llamé a un taxi y le pedí al conductor que me bajara a las Ramblas. Según su reloj eran las tres de la madrugada. Paseando, creo que cerca de la ópera, caí en la cuenta de que desconocía el día de la semana, pregunté de nuevo. Era sábado.

Llegando al puerto empecé a ver contenedores quemados en un ambiente de preguerra y, a lo lejos, un resplandor que surgía del agua. Se trataba de una embarcación que ardía a la deriva a la que todos miraban fascinados. Le pregunté a un joven y me respondió alucinado:

—¡Es una golondrina!

Pensé en ello y no logré entender el significado de la broma.

Caminando por el puerto, observé bidones también en llamas y gente bailando en una especie de orgía de locura.

Pensarán que solo había jóvenes, pues no.

De vez en cuando, sirenas de furgones de policía se oían pasar a toda velocidad. Andar por ahí tenía algo de riesgo. Más adelante, y cerca ya de un barrio al que llamaban la Barceloneta, caí en la cuenta de que se trataba del movimiento "21.A" y que, según leí, controlaba el casco antiguo y parte de las Ramblas. Se respiraba un aire de fiesta y de reivindicación; incluso, alguna zona me recordó a México DF. Cuando llegué a la playa, el espectáculo me pareció sencillamente deslumbrante. Las hogueras improvisadas se multiplicaban en la lejanía. Un detalle que no olvidaré fue la visión de un cartel en el que leí: «Aceptamos materias primas a cambio de paella para dos, bebida aparte».

Dejándome llevar, caminé hacia dos rascacielos cuyos cristales reflejaban destellos abstractos de la fiesta. Había llegado a sus pies cuando, de repente, una luz que flotaba en el cielo se convirtió en un helicóptero. Nos empezó a bombardear con gases lacrimógenos. Según mi memoria, esto desencadenó la locura apocalíptica: tropiezos desesperados, gente que huía desencajada... Yo no pude hacer otra cosa que improvisar una dirección aleatoria. Algunos saltaron un muro no muy alto que daba a una enorme estación ferroviaria, bastante destartalada. Yo corría como un loco y terminé sin aliento por unas callejuelas oscuras. Policías antidisturbios nos comenzaron a pisar los talones y, en ese momento, me cogió de la mano una joven y juntos nos metimos en un portal y subimos, desesperados, hasta una buhardilla dejada de la mano de Dios. Los disparos y los gritos duraron hasta el amanecer. Estuvimos abrazados y sentí su miedo que me caló hasta lo más hondo. La joven se cogió a mí como una niña asustada posiblemente de todo. Ella se durmió y yo cogí insomnio por culpa de pensamientos inevitables.

Dejándola en su sueño tranquilo salí un poco asustado a la calle. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. En los

barrios antiguos, coexistían fincas abandonadas con tiendas sofisticadas de moda y restaurantes de diseño decadente. Parecía que en ese lugar convivían dos dimensiones que solo coincidían en el espacio: por un lado, la indigencia se arrastraba como podía y, por el otro, la gente «común» visitaba museos tratando de vivir con normalidad. Cuando llegué a una zona llamada creo que el Example, decidí caminar hacia un autocar de otros tiempos. Unos jóvenes «alternativos» me dijeron:

—¿Quieres conocer la auténtica Barcelona?

—Pues sí.

Circulamos por esos lugares donde la dignidad hacía tiempo que trataba de sobrevivir, lugares donde la vida comenzaba a transitar la crudeza, por guetos de pobres sin dentadura y auspicios sociales lamentables. Preferí eso a ver lo otro: digamos que en ese instante, definitivamente, aterricé.

Y luego tuve el cinismo necesario para volver al hotel de lujo y observar el caos a mis pies, con distancia, con sus lucécitas lejanas y sus hogueras maravillosas. Estuve largo rato mirando.

Si no recuerdo mal, mi hijo compartía un piso en la calle Diputación «esquinado» con la calle Aribau. Fui sin avisarle y con su cara pagó.

—Papá... ¿Papá? ¡Papá, qué haces aquí?

—¿Puedo entrar?

—Claro.

La noche anterior se había celebrado una fiesta... Todos (y todas) dormían por ahí.

—No hagas ruido.

—Vamos, vístete, te invito a comer.

Cogimos un tren y desembarcamos en un pueblecito coqueto y agradable de la costa. Alquilamos una motora a un señor y nos adentramos en el mar. Mi hijo no entendía nada. De la mochila extraje un ánfora envuelta con papel de celofán. Me preguntó.

—¿Es el abuelo?

—Sí.

—Pero, si lleva tiempo ahí.

—Cosas más. Ponte de pie, hijo.

Cuando hice el gesto de verter el polvo, el señor que nos llevaba me sugirió con gestos que lo hiciera en la dirección opuesta, aclarándome.

—Le irá a la cara.

—Claro.

Y con lúgubre lentitud tiré, primero, el polvo y seguidamente el ánfora. Nos sentamos todos y estuvimos largo rato viéndola hasta que se hundió. Volvimos.

En un restaurante más coqueto aún que el pueblecito, disfrutábamos de una paella y de una sangría para adultos cuando, sin avisar, mi hijo empezó a hablar.

—El otro día hablé con mamá y, sin venir a cuento, se puso a llorar y me colgó.

Hice, creo, un gesto de circunstancias pasivas, como diciendo «Qué le vamos hacer...». El insistió:

—¿Estáis bien?

—Estamos muy bien.

Resignado él a mis silencios, comimos acompañados de la brisa y mirando hacia una iglesia cercana, que también era coqueta.

Pasé, si no recuerdo mal, una noche en casa de mi hijo porque decidí dejar el hotel.

Acompañado por Julián Júnior y mi equipaje, llegamos a una macroestación a la que apodé Babel. Y sí, allí estaba *La Tuerta* esperándome.

—Bueno chaval, cuídate.

Vi, en su cara de niño, su infancia. Le cogí del brazo y le dije.

—No padezcas por mamá. Estudia, dale fuerte. Adiós, hijo.

Babel y La Tuerta

La estación me recordó a una ballena gigante destripada. Dentro de su panza, la discordia de obreros hablando en lenguas diversas tratando de trabajar con sus vallas y sus tablonos provisionales. Los viajeros intentaban no salirse. Olía a fueloil y a goma quemada. Esta fetidez obligaba a los viajeros a poner cara de náusea, un poco de ventilación no hubiera estado mal. Una vez entregados los billetes (o pergaminos de billete, mal doblados, comprados en la nube), nos llevaron a una sala sin techo. El ruido ensordecedor de los compresores y las grúas nos indicaba que el monstruo se encontraba en reconstrucción. Llegó la hora y nos invitaron a entrar en el andén, allí nos esperaba el convoy suplente, *La Tuerta*.

El interior olía a naftalina, la curiosidad de un niño comenzó a taladrar a una de las azafatas.

—¡Señora! ¡Oiga!

—¿Sí?

—¿Por qué hay ese olor?

A la pobre mujer se le congeló la sonrisa.

—Se lo preguntaré al jefe de tren ¿Quieres un batido?

—Claro. ¿Por qué estamos montados en un modelo Alstom y no en el habitual ICE?

—Pues... ¿Y tus papás? ¿Viajas solo, niño?

—Sí, y no soy un niño. ¡Oiga!, ¿este tren coge los trescientos cincuenta?

—Seguro, te traigo el zumo.

—Es un batido.

—El batido.

—Yo creo que no, ¿eh?

La azafata huyó. Los niños a esa edad tienen curiosidad, es inevitable.

Un sonidillo de batidora digital nos anunció que el tren iniciaba su trayecto. Las pantallitas se autoiniciaron y comenzó un minidocumental sobre la Sagrada Familia. Con todo lujo de detalles, se nos explicó la hazaña de la construcción del túnel, la tuneladora eficaz, la protección... recordándonos que justo estábamos pasando por debajo del templo. Luego, bla, bla, bla...

Relajándome, pensé en esa joven: qué cambiante e incierta estaba la danza del caos.

Al rato y con tiempo por delante, decidí ir al bar para tomar una copa. Los paisajes se sucedían y la mente divagó. ¡Oh, qué maravilla, los Monegros, qué sequedad, qué luz más plomiza!

—Otra, por favor.

—Sí.

Pensé en Claudia y en los recuerdos compartidos, en nuestra relación fría, diría que acabada. «¿Adónde vamos?», pensé.

La magia duró poco.